

LA GUENIZÁ DE EL CAIRO Y SUS EXPLORACIONES

por

DAVID GONZALO MAESO

Advertencia preliminar

EXISTE en la actualidad un movimiento revolucionario en el campo de la Lingüística hebrea de tal hondura que de él no se libra ni el mismo TM universalmente acatado desde hace más de mil años, y está representado principalmente por un hombre y un lugar: *Paul Kahle*, infatigable investigador de manuscritos orientales, en particular hebreos, y conocido sobre todo por la 3.ª edición 1 de la *Biblia hebraica* de Kittel, bautizada posteriormente con el nombre de Kittel-Kahle, y la *Guenizá* de El Cairo, milenario depósito de numerosos manuscritos hebreos y otros tesoros bibliográficos, venturosamente exhumados en el último tercio del pasado siglo.

Otros muchos autores, como en su lugar indicaremos, han intervenido también, aparte de P. Kahle, en esas fructíferas investigaciones, y otros lugares, además de la *Guenizá* cairensa, han ofrecido documentos y valiosos materiales para la discusión y elucidación de estos problemas; pero la obra de mayor resonancia en estos últimos años es la del mencionado P. Kahle, síntesis de sus obras anteriores, que lleva por título precisamente *La Guenizá de El Cairo* 2.

(1) Reimpresa varias veces en los últimos años. En 1950 apareció la *editio sexta typis editio tertiae expressa*.

(2) Paul E. Kahle, *The Cairo Geniza. The Schwabach Lectures of the British Academy*, 1941. London 1947.

Creemos, por lo tanto, de interés bosquejar una sucinta reseña histórica acerca de *La Guarnición de El Cairo y sus exploraciones*, ya que tantas veces se la menciona y quizá no es suficientemente conocida.

1. PRELUSIÓN HISTÓRICA

Egipto, el mágico país de la antigüedad, "don del Nilo" en lo material, y creador de una cultura esplendorosa e inconfundible treinta siglos antes de que alboreara el sol de Hércules, que tanto debió al país de los Faraones, ese Egipto, lleno de sugestiones, perspectivas y misterios, es uno de los focos que iluminan la historia del pueblo de Israel. Especial mención se hace de Misráyim y sus hijos, pobladores del Egipto y otros países, en la tabla genealógica de los descendientes de Noé (Gén. 10¹³); y en los comienzos mismos de las peregrinaciones que jalonan la vida nómada del patriarca Abraham, el progenitor del pueblo de Dios, aparece Egipto como el país venturoso de la abundancia y la riqueza, al que tiende sus miradas y sus pasos el clan abrahámico, como antes y después hicieron tantos otros del Asia occidental en los tiempos de hambre y de penuria.

Providencialmente se asientan en Egipto los hijos de Jacob, donde se multiplican hasta convertirse en "un pueblo grande y poderoso, que llenaba aquella tierra" (Ex. 1⁷). Un cambio de dinastía trueca la suerte pacífica y venturosa de los hijos de Israel en dura servidumbre, de la cual Dios los libera entre portentos y maravillas. Estos acontecimientos memorables, la más admirable epopeya de Israel, que no admite parangón con otra alguna, quedaron grabados profundamente en la memoria de los israelitas; sus ecos grandiosos resuenan en todos los libros del Antiguo Testamento, y aun se repiten en el Nuevo, con fragores de tragedia y auroras de libertad.

Las correspondencias ideológicas entre ambos pueblos son asimismo numerosas y variadas, y las analogías sapienciales entre diversas inscripciones y documentos egipcios por un lado, y ciertos pasajes bíblicos por otro, principalmente de los libros poéticos y doctrinales, que se han registrado en forma de concordancias paralelas, demuestran cumplidamente muchas conexiones y afinidades de orden intelectual cristalizadas en la literatura de uno y otro pueblo ¹.

(1) Sobre esta cuestión existe copiosa bibliografía. Mencionemos simplemente:

Al cabo de los años, durante la monarquía hebrea, se reanudan las antiguas relaciones hebreo-egipcias, pero ya de nación a nación, en el terreno político. Los hijos de Israel buscan con frecuencia la alianza de los poderosos Faraones, y Palestina constituye más de una vez la avanzada de Egipto frente a los reyes de Babilonia y campo de Agramante entre los dos colosos que se disputan la hegemonía mundial. Ambos cayeron ante el empuje arrollador de los persas, con escasa diferencia cronológica, y sobre ellos se alzaron después las enseñas dominadoras de las falanges de Alejandro Magno. A la muerte de éste, una vez más codiciaron la tierra de Israel los reyes de Egipto, los Ptolomeos, sucesores del macedonio en el país del Nilo.

Grecia extendió por toda el Asia anterior las luces de su cultura, pero donde ésta floreció con más exquisitos fulgores fue en Alejandría, fundada por el conquistador macedónico junto al delta del Nilo como principal baluarte de su imperio y punto de convergencia e irradiación de las tres partes del mundo. Allí se fusionaron en feliz conjunción el clásico saber helénico y las pristinas civilizaciones orientales, bajo los auspicios de los Lagidas, denodados fautores de la cultura, que hicieron de aquella nueva capital de Egipto durante varios siglos el emporio de la filosofía, las letras y las ciencias. La época alejandrina o helenística marca una etapa de singulares características en la historia de la cultura.

Desde los días mismos del fundador de Alejandría (332) se establecieron en la ciudad numerosos judíos, con iguales derechos que los griegos, y en oleadas sucesivas, primeramente por la fuerza y luego de grado, la población judaica se incrementó de una manera prodigiosa. Más de cien mil judíos vivían allí conforme a sus patrias leyes en los albores de la Era cristiana, en un barrio especial que formaba una especie de ciudad aparte; ellos eran los grandes financieros de los Ptolomeos. Largamente se beneficiaron los judíos de la cultura y el saber que irradiaba aquella gran urbe, dotada de inmensas bibliotecas con cientos de miles de volúmenes, que atesoraban toda la sabiduría y erudición antigua², a

P. Humbert, *Recherches sur les Sources égyptiennes de la Littérature sapientiale d'Israël*.

H. Duesberg, *Les Scribes Inspirés*, 1938.

Gustave Leleuvre, *Egyptiens et Hébreux*, en RB XXXI (1922), p. 481-88.

B. Couroyer, *Le chemin de vie en Egypte et en Israël*, en RB LVI (1949), páginas 412-32.

(2) Recuérdese que la gran biblioteca del Museo, con sus 700 000 ó más volú-

las que también ellos aportaron copiosa contribución. Por otra parte, la escuela exegética de Alejandría demuestra palmariamente el auge que había alcanzado la cultura hebraica en las academias y centros ilustrados de la ciudad.

Los datos que anteceden son útiles para conocer la recia solera cultural de aquella gran ciudad mediterránea y los orígenes y fundamento ideológico de la escuela alegórica cristiana que allí floreció y que luego se expandió por toda la cristiandad durante los primeros siglos; pero son también necesarios como precedentes de la cultura judaica que en Egipto se desarrolló en siglos posteriores, y de la importancia que allí alcanzaron las comunidades israelitas. No les faltaron persecuciones, sin embargo, en diversas épocas, por ejemplo en los días de Vespasiano y de Trajano, y durante la dominación bizantina arrastraban una vida en extremo precaria. A pesar de todo, cierto número de judíos siguió habitando la ciudad en todo tiempo y manteniendo el fuego sagrado de la antigua tradición cultural.

Después de la ocupación musulmana (640), nuevos contingentes de judíos afluyeron de diversas partes a establecerse en la ciudad y en otros puntos de Egipto, y llegaron a alcanzar próspera situación y nuevo florecimiento intelectual. La unidad política del Islam en los países asiáticos y norteafricanos favoreció el intercambio cultural entre las escuelas judaicas de las más apartadas regiones. A mediados del siglo IX la colonia más numerosa y pujante de Egipto era la de Fustat, ciudad que pronto había de ser elevada al rango de capital del reino; al frente de aquella comunidad figuraba un judío de Babilonia, Abu 'Alí Hasán de Bagdad. Los judíos, al par que se asimilaban la cultura de los dominadores, consagrábase con fervor a las ciencias y el saber

menes, se quemó al incendiar Julio César la flota alejandrina surta en el puerto. Que conste este baldón, como honra a la verdad, entre tanta admiración y alabanzas exageradas como han prodigado los cesaristas, sobre todo por influencia germánica, al que inconsideradamente se ha llamado «el más grande de los romanos». (Si se refieren a la ambición, desde luego).

Se habla del fanatismo musulmán, que jamás defendiermos, a propósito de Omar, cuando incendió la ciudad (640) y su opulenta biblioteca, al extender la dominación islámica por Egipto; pero suele silenciarse la «hazaña» de César, *Suum cuique*. En sustitución de aquella inmensa biblioteca, el triunviro Marco Antonio hizo trasladar al templo de Serapis el gran depósito de 200 000 volúmenes que había en Pérgamo, la rival de Alejandría en las letras y las artes, y que se fué acrecentando en los siglos posteriores.

judaicos. Allí adquirió su primera formación intelectual, a fines del siglo IX y principios del siguiente, el famoso Sa'adia ha-Gaón (882-942), la figura más destacada del judaísmo oriental en aquellos siglos.

Por Fustat desfilaron en diversas ocasiones famosos personajes literarios del judaísmo occidental, tales como Yehudá ha-Levi, Abraham Ibn 'Ezra, Benjamin de Tudela, en el siglo XII. En la segunda mitad del mismo, cuando el dayyán Yosef ben Natán era Secretario de Estado y Maimónides médico de cabecera del célebre Sultán Saladino, al par que *naguid* de las comunidades egipcias, éstas alcanzaron su mayor prosperidad y esplendor. Durante los doce siglos y medio de la dominación musulmana en Egipto (640-1883), jamás se extinguió la vida en los centros judaicos de Egipto y su capital El Cairo, y en los decenios siguientes, durante el protectorado inglés (1883-1922) hasta nuestros días, se ha ido renovando la vida social y elevándose la cultura en las comunidades israelitas del país.

2. PRECEDENTES DE LA GUENIZÁ

A mediados del siglo XIX la comunidad israelita de El Cairo atrajo de modo singular la atención del mundo erudito a un primer plano con el descubrimiento de un tesoro bibliográfico antiquísimo guardado en la *guenizá* de la sinagoga 'Ezra, el cual se fué realizando paulatinamente hasta la total exhumación, pero cuya importancia trascendental todavía no se ha puesto en claro totalmente, y quizá por circunstancias diversas, que luego reseñaremos, jamás se llegue a penetrar de un modo directo, sino solamente por fundadas conjeturas, en su verdadera magnitud y extensión.

Se impone, ante todo, una ojeada retrospectiva. Sabido es que una de las grandes urbes mundiales, de millonaria demografía, es la actual ciudad de El Cairo, dividida en tres partes: el Fustat o Cairo antiguo, el Cairo propiamente dicho o ciudad nueva (aunque ya cuenta un milenio) y el Bulaq, que es la ciudad portuaria, en la orilla misma del Nilo. El Cairo propiamente tal fué fundado por el califa fatimita Al-Muiz, en 969, que dió a la ciudad el nombre de *al-Kahira* (*la vencedora*), pero la parte antigua, el Fustat, ya existía, como dejamos indicado, desde siglos anteriores.

En esta histórica localidad, en la vetusta fortaleza romana llamada

por los árabes *Qasr as-sam'a*, existían en los primeros siglos del cristianismo nada menos que seis iglesias cristianas, que arrastraban una vida material en extremo precaria, sobre todo después de la conquista musulmana. Una de ellas era la iglesia de San Miguel, conservada por los mequitas cuando ya los restantes templos cristianos de Egipto habían pasado a manos de los jacobitas. Habiendo impuesto el sultán Ahmed ibn Tulun al patriarca copto Miguel la obligación de pagar 20.000 dinares, éste se vió precisado a enajenar dicha iglesia, bien *waqf* de la comunidad ³, vendiéndola a los judíos, los cuales la convirtieron en sinagoga el año 882 ⁴, bajo la advocación de 'Ezra, aunque a veces también se la llama de Elias y de Jeremias. El mencionado Benjamin tudelense, que la visitó en la segunda mitad del siglo XII, ya la consideraba como un monumento antiquísimo, y con él concuerda el cronista árabe, posterior en dos siglos, al-Maqziri (1364-1442). Simón van Geldern (1750) consigna en su *Diario* la gran impresión que le produjo aquella imponente mole. Su estado ruinoso, a fines del siglo XIX, motivó el que se reconstruyera en 1890, cuando ya hacía varios lustros que se había efectuado el sensacional descubrimiento; pero es de advertir que la *gumizá* aneja a la misma quedó intacta.

3. ¿QUÉ ES LA GUMIZÁ? SU CONTENIDO

La palabra *gumizá*, una de tantas peculiares de la terminología rabínica, no mencionada antes por los exegetas cristianos ni por los lexicógrafos hebreos ⁵, vino a adquirir carta de naturaleza en los estudios hebraicos y aun en el lenguaje de los eruditos, con ocasión de dicho descubrimiento y con la particularidad que todavía hoy se aplica por antonomasia a la de El Cairo.

(3) Es uno de los términos jurídicos empleados en el derecho musulmán para la constitución del *habús*. Uno y otro término, o bien otros sinónimos expresan o implican la inalienabilidad de la cosa *habusada*. Vld. C. Quirós Rodríguez, *Instituciones de derecho musulmán*, 1942, p. 127-132.

(4) S. L. Skoss (Filadelfia) en el art. de *Enc. Judica*, col. 253, afirma que la primitiva iglesia copta fué, a poco de la conquista de Egipto por Cosroes (616), convertida en sinagoga.

(5) Un término arameo semejante se encuentra en Esdr. 5¹⁷: «bēt ginzayya dī malka», «casa del tesoro real». Zanouini traduce: thesaurus, *gōza*, aerarium, fiscus.

Su nombre, *guenizá*, "escondrijo, archivo, tesoro", se deriva de la raíz neoh Hebrea *ganaz* de origen persa y pareja de la árabe *yanasa* "ocultar, atesorar, disimular", y designa un pequeño departamento situado en el recinto de la sinagoga ⁶, sin puerta ni ventana, sin más orificio que un pequeño boquete por donde se arrojaban al interior los rollos de la Escritura ya inservibles por el largo uso, así como otros libros, documentos y escritos de carácter religioso ya muy deteriorados, en los que estuviera escrito el sagrado nombre de Dios, con el fin de evitar su profanación (por esta razón el contenido de la *Guenizá* se llamaba *Smot*, "los nombres"), e igualmente ciertas obras heréticas, apócrifas u otras que por diversos motivos, a juicio de los doctores y dirigentes espirituales de la comunidad, conviniera retirar de manos de los fieles. Por lo tanto, en la *guenizá* se enterraban los ejemplares de la *Torá Nebi'im u-Ketubim* de uso público en las sinagogas o de propiedad particular, los *mahsotes* o rituales litúrgicos, colecciones de *piyyutim*, comentarios exegeticos, obras apologeticas y demás libros de carácter religioso en general, todos ellos en estado ruinoso, y al propio tiempo diversas otras obras de la índole indicada.

Desde la Edad media hasta nuestros días las sinagogas han solido estar dotadas de una *guenizá* emplazada bajo el *Almemar* o tribuna, en un sótano, en el muro o, con más frecuencia, en un rincón del terrado. Su promiscuo contenido se enterraba al cabo de cierto tiempo en un cementerio, y a menudo efectuábase el traslado y sepelio con gran solemnidad. Esta costumbre, unida a las vicisitudes de la historia política del pueblo judío en la Diáspora, ha sido una de las principales causas de la desaparición de tantos códices y obras hebraicas, a pesar de la diligencia que por otra parte siempre han demostrado los judíos en la conservación de su tesoro espiritual.

En Oriente hubo muchas *guenizás*, pero su contenido puede darse por definitivamente desaparecido. Las pesquisas llevadas a cabo por el mencionado E. N. Adler en Buhara, Teherán y Atepo resultaron in-

(6) No es absolutamente preciso que toda *guenizá* se encuentre siempre adosada a una sinagoga. Así, el Prof. Sukenik, de la Universidad hebrea de Jerusalén, considera la cueva de 'Ain Fasha, junto al Mar Muerto, donde en 1947 se hallaron los mss hebreos que tanto han dado que hablar y que escribir, como una *guenizá*.

fructuosas, porque allí los *Semot* se inhumaban periódicamente, como queda dicho.

Refiriéndose Paul Kahle en los Prolegómenos de la *Biblia hebraica* de Kittel-Kahle a las guenizas y en especial a la de El Cairo, dice lo siguiente:

"Sabido es que los judíos arrojaban en ciertos escondrijos de las sinagogas llamados guenizas los códices que ya no servían para la liturgia, o se hallaban mutilados o presentaban una lectura no tan correcta como deseaban. Igualmente es notorio que esos restos de las guenizas en ciertas épocas se inhumaban con determinadas ceremonias rituales, con el fin de evitar que se profanasen de cualquier manera unos textos que llevaban inscrito el nombre de Dios. Pues bien, los depósitos que existían en la riquísima gueniza aneja a una sinagoga del antiguo Cairo salieron a luz por felicísima casualidad, seguramente porque cerrado el muro del pequeño recinto quedaron sepultados en el olvido los tesoros allí encerrados. El año 1890 unos obreros ocupados en la reparación del templo pusieron al descubierto esta gueniza, y el resultado fué que en vez de sepultar aquel contenido, fué vendido en público y en privado e incluso donado a toda clase de personas, y de esta suerte fué a parar a diversas bibliotecas de Europa y América. De este modo tan inesperado hemos podido conseguir materiales de capital importancia para el conocimiento del judaísmo medieval, y fuentes de información insospechadas hace unos decenios." (p. XXI).

El descubrimiento de esta imponente necrópolis de libros en El Cairo es el más grandioso hallazgo en el campo de la literatura hebraica. No se ha hecho, ni resulta ya quizá factible, por las razones apuntadas, un inventario completo y verídico de todos los manuscritos, perganinos, papiros, fragmentos innumerables hallados en la gueniza de El Cairo, que se encuentran diseminados en mil lugares del globo. Un *Corpus Geniziacorum* es sólo un *desideratum*, tan deseable como quimérico, puesto que las dificultades se acumulan por muy diversos sectores, como indicaremos. Este escondite hallábase materialmente repleto de rollos y documentos del más subido interés para la lingüística, la crítica textual, la literatura postbíblica, la historia e ins-

tituciones del judaísmo, su liturgia, su poesía medieval †, sus controversias religiosas.

El saqueo de la Guenizá se efectuó en diversas etapas, por diferentes personas y en las más variadas circunstancias; así, algunos lotes considerables están perfectamente localizados, en tanto que otros más pequeños fueron a parar a diversos archivos y bibliotecas de Europa, pero sin que conste oficialmente su procedencia gueniziana, y no pocos se hallan todavía en manos de los traficantes, al cabo de cerca de un siglo del sensacional descubrimiento. Por otra parte, y con ello las dificultades de catalogación se acrecientan de un modo espinoso, es posible que algunos rollos o documentos que figuran como procedentes de la famosa Guenizá no hayan pertenecido jamás a ella. El editor de la colección Freer (Washington) admite de un modo expreso esta hipótesis. Consta, además, que Firkowitch, hombre sagaz en la busca, valoración y venta de antiguos manuscritos, ocultó de propósito la procedencia de no pocos de sus manuscritos, que en gran parte fueron extralidos de la Guenizá cairensa. Lo propio hay que decir de los fondos hebraicos de la *Bodleian Library* (Oxford).

4. EXPLORACIONES Y SAQUEOS DE LA GUENIZÁ

No están claros los inicios del descubrimiento que reveló al mundo erudito los viejos tesoros bibliográficos sepultados durante tantos siglos entre el polvo de la Guenizá aneja a la Sinagoga 'Ezra de El Cairo. Hay que tener en cuenta que la importancia del hallazgo no se fué reconociendo sino transcurrido bastante tiempo, y fueron varios los que sucesivamente y con independencia entre sí intervinieron en las exploraciones de aquel lóbrego y polvoriento cuechitril, entre ellos dos hermanas escocesas aficionadas a los estudios orientales, Mrs. Margaret Dunlop Gibson y Mrs. Agnes Smith Lewis.

Según testimonio de ésta ‡, los primeros fragmentos conocidos en Europa los trajo el Dr. Lausing, mas no parece tenga fundamento tal aseveración. En 1864 el viajero judío Jacob Safir ha-Levi tuvo curio-

(†) Véase nuestro estudio *Sobre la poesía sinagoga*, perteneciente a esta serie de estudios.

(‡) A. S. Lewis, *Zu H. Dunsing Christlich-palästinaisch-aramäische Texte und Fragmente*, en ZDMG 61 (1907), p. 630 632.

sidad de escudriñar en aquel depósito mortuorio, a modo de pequeña torreta cuadrada que emergía del terrado y en cuyo interior solamente podía penetrarse por arriba; para lograr su intento tuvo que vencer la porfiada resistencia de quienes creían extremadamente arriesgada la aventura. Dos días estuvo trabajando dentro de aquel estrecho recinto, de atmósfera lóbrega y malsana, entre el polvo de muchos siglos, manipulando rollos y fragmentos de pergaminos y papiros; pero al no encontrar entre aquella informe y cochambrosa balumba ningún manuscrito completo que pudiera ofrecer interés, descorazonado, renunció a sus pesquisas y se contentó con llevarse algunos folios como recuerdo de su visita, según él mismo consignó dos años después en su obra *'Eben Sajar* (l. p. 21 b).

Al poco tiempo, el escritor y publicista caraita Abraham ben Samuel Firkowitch, nacido en Ucrania (1786) y muerto en Crimea (1874), llevó a Leningrado la mayor colección de manuscritos hebreos conocida en el mundo, un verdadero tesoro. Todos ellos fueron adquiridos, en varias veces, por la Biblioteca pública de dicha capital, y constituyen una riqueza inapreciable por su número y calidad ⁹. "Materia admodum magna genizac in Bibliothecam publicam Leningradensem pervenit", dice P. Kahle en los Prolegómenos a la *Biblia hebraica* de Kittel-Kahle. Si recordamos las dificultades insuperables que según testimonio del mismo pusieron algunas comunidades judías, como la de Alepo, para el préstamo de códices bíblicos, en contraste con las facilidades dadas por las autoridades de dicha Biblioteca de Leningrado, resulta que el mencionado y curioso personaje, con todas sus trapacerías, ha venido a ser un benemérito de la cultura hebraica. De todos modos,

(9) De Firkowitch dice la *Historia del pueblo judío* de Margolis-Marx, cap. 92: «Reunió en Crimea y en Oriente gran cantidad de manuscritos e inscripciones caraitas, samaritanos y rabinias, y en su celo por la causa de su secta no vaciló en falsificar datos e inscripciones a fin de dar a los suyos una apariencia de mayor antigüedad.

En la EIC leemos: «Firkowitch emprendió expediciones arqueológicas, encontró hallazgos interesantes y saqueó los archivos de las comunidades caraitas de Crimea para vender manuscritos valiosos a la Biblioteca de San Petersburgo.» De este número es el famoso *Codex Babylonicus Petropolitana* (o *Leningradensis*), llamado también alguna vez *Odessanus*, que encontrado por F. en la Sinagoga de Ischbulkale (Crimea), en 1839, fue presentado a la Sociedad histórica y arqueológica de Odeza, y en 1862 adquirido por la Biblioteca de San Petersburgo.

todavía es un misterio cómo esos manuscritos leningradenses, que procedían de la Guenizá de El Cairo, llegaron a poder de Firkowitch.

En 1888, el viajero y escritor judío Elkan Nathan Adler (1861-1946), hijo del Gran Rabino de Inglaterra y educado en la Universidad londinense ¹⁰, visitó la Sinagoga 'Ezra, vivamente interesado por el contenido de la Guenizá; las autoridades judías, conocedoras del tesoro que allí se encerraba, le hicieron creer que nada aprovechable había allí, y que todos los papeles y fragmentos eran sistemáticamente quemados, por lo cual se volvió con las manos vacías ¹¹. Pero, debidamente informado, volvió en 1896, y con el valimiento del Gran Rabino de Egipto pudo llevarse todo un saco de pergaminos, gran parte de los cuales fueron a parar al Jewish Theological Seminary (Nueva York). Refiriéndose a este fondo hebraico dice P. Kahle en sus citados Prolegómenos: "Dives est etiam materia ex geniza oriunda bibliotheca Seminarii iudaici theologici americani in New York". Y añade a renglón seguido: "Qui vero bibliothecae praeest, Prof. A. Marx, ea volumina quae fragmenta biblica Babylonica offerunt, in usum meum elegit Bonnamque mittenda curavit". Así, pues, los manuscritos de este fondo que podían interesarle a Kahle, fueronle amablemente remitidos a Bonn ¹².

En el intermedio de las dos visitas de E. N. Adler se efectuó la reparación de la vieja Sinagoga 'Ezra, pero se tuvo la precaución de no tocar el cuerpo del edificio correspondiente a la Guenizá, como anteriormente hemos indicado, en vista sin duda del misterioso y atrayente contenido que en ella se encerraba.

La Guenizá se había convertido en una mina inexhausta de manuscritos, y los judíos afectos a la Sinagoga 'Ezra, conscientes del rico filón que podían explotar, empezaron a negociar con los fondos allí

(10) De él dice la EJC: «Viajó por muchos países y reunió una colección muy notable de 5.000 manuscritos, que adquirieron el Jewish Theological Seminary y el Hebrew Union College en 1923. Fue miembro de Sociedades y Academias Científicas, entre otras correspondiente de la Academia de la Historia de España. Escribió: *About Hebrew Manuscripts* (London, 1906). Etc.» Es autor también de *Onze Midrayim*, Oxford, 1897.

(11) Gollheil y W. H. Worrel, *Fragments from the Cairo Genizah in the Freer Collection*. New York, 1927 p. XI.

(12) Gollheil-Worrell, l. c.—E. N. Adler. *An eleventh century Introduction to the Hebrew Bible: Being a fragment from the Sepher ha - Itim of Rabbi Judah Ben Baraijal of Barcelona*, en *JQR* 9(1897) p. 669ss. - P. Kahle, ob. cit. p. 8.

atesorados. También llevaron de allí manuscritos a su cementerio de Al-Basatin, a otra especie de guenizá, de donde el Prof. Gottheil pudo adquirir algunos en 1910.

El mismo año citado de 1896, las antes mencionadas Mrs. Agnes Smith Lewis y Mrs. Margaret Dunlop Gibson enriquecieron el Westminster College de Cambridge con una importante colección de manuscritos hebreos procedente de la Guenizá ¹³.

Presentados dos folios de estos manuscritos al judío Salomón Schechter (1850-1915), nacido en Rumania, que había estudiado en Viena y Berlín y había sido nombrado en 1890 profesor de Rabínico en la Universidad de Cambridge, percatóse el docto hebraísta de que una de dichas hojas contenía un fragmento del Talmud Palestinense, y la otra nada menos que un pasaje del texto hebreo del Eclesiástico, mencionado mil años antes por Sa'adia, y que el mundo sabio consideraba irremisiblemente perdido ¹⁴. Ello demuestra el perfecto conocimiento que el perspicaz profesor tenía de este libro, a pesar de no conservarse su texto hebraico. La lectura de esos dos folios fué para Schechter como un relámpago luminoso; comprendió que la Guenizá caireense debía de contener verdaderos tesoros bibliográficos en pergaminos y papiros, y a toda prisa se encaminó, a principios de 1897, a la capital de Egipto, dispuesto a llevarse cuanto en aquel misterioso escondrijo, pudiera encontrar. Los resultados superaron sus esperanzas. Recomendado por el Alto Comisario inglés Lord Cramer, al presidente y al Gran Rabino de la comunidad judía, según Gottheil-Worell ¹⁵, consiguió autorización amplísima para llevarse todo el contenido de la Guenizá. Al cabo de algunas semanas de exploraciones logró adueñarse de todos los manuscritos y fragmentos que allí quedaban, los cuales no eran pocos. El

(13) S. Schechter: *The Lewis-Olson Hebrew Collection* en *JQR*, 9(1897) p. 115 (con cont.)

(14) Vid. *The Hebrew Text of Ecclesiasticus*, by Prof. W. Bacher, A. Cowley, Dr. A. Neubauer, the Rev. Prof. Driver and the Rev. G. Buchanan Gray, en *JQR* X (1897) p. 843-572 -

S. Schechter and C. Taylor. *The Wisdom of Ben Sira*. Cambridge, 1899 p. V.

(15) Gottheil-Worell, *Fragments from the Cairo Genizah*, p. XII. P. Kahle no menciona a Lord Cramer, y puntualiza que las cartas de recomendación le fueron dadas, para el Gran Rabino de El Cairo, por el antes mencionado Elkan N. Adler, no por su hermano el Gran Rabino Dr. Hermann Adler, como se dice comúnmente.

La narración de Schechter mismo puede verse en su obra: *Studies In Judaism* Philadelphia, II (1908) p. 98s.: «*A Horde of Hebrew Manuscripts*»

afortunado colector de los fondos de la Guenizá calculaba en cien mil fragmentos el fruto de su despojo. Sin embargo despreció los libros impresos allí existentes, por no haberse percatado de su gran importancia para la historia de la imprenta entre los judíos en los siglos XV y XVI ¹⁶.

La identificación del texto hebreo del *Eclesiástico*, cuyo descubrimiento tal sensación causó en el mundo erudito y hebraizante, y el gran acopio de materiales extraídos de la Guenizá, de donde aquél era oriundo, granjearon a S. Schuchter renombre universal.

Aquella tumba venerable de manuscritos hebraicos, pergaminos y papiros, rollos y documentos de todas clases, que con su despreciable apariencia de rincón en ruinas encerraba más misterios y tesoros que el corazón de las grandes pirámides de Gizeh, quedó al fin convertida en mudo cenotafio, después de treinta años de saqueos. Pródigos bibliotecas, importantes archivos, universidades, grandes colegios y otros altos centros de enseñanza e investigación enriquecieron sus fondos de manuscritos a expensas de aquel escondrijo, que no estaba lleno de oro, plata o pedrería, ni de tesoros deleznales allí escondidos por manos avaras, sino henchido de "resplandores de luz eterna" (*Sab.* 7²⁰). Allí como en una frágil navecilla, se salvaron restos valiosísimos del saber antiguo, que parecían condenados a fatal naufragio, a través de un picado milenario. Quizá sea lo único salvado, al menos de un modo mediano, de aquellas espléndidas bibliotecas que en la época alejandrina florecieron en Egipto, cuando Ben Sira y el autor del libro de la Sabiduría servían en odres helénicos el sabroso vino bíblico, o cuando, años después, *plutonizaba* Filón, así como también del saber hebraico que, siguiendo antigua tradición, perpetuóse entre las comunidades judaicas de los siglos medievales bajo el signo del Islam.

5. DESTINO DE LOS FONDOS DE LA GUENIZÁ

Ya hemos indicado el vario destino que, en razón de la multiplicidad de exploradores, cupo a diversos lotes esparcidos entre el polvo de la Guenizá de El Cairo. El primer saqueo importante fué el de Fir-kowitch. Según P. Kahle, los manuscritos agenciados por éste se di-

(16) P. Kahle, ob. cit. que cita a J. L. Tetler: *Hebrew printed fragments* Bodleian Library Record 1 (1930-41) p. 234-236.

viden en dos colecciones: una que fué vendida por él mismo en vida a la Biblioteca pública de Leningrado, y otra que fué adquirida, después de su muerte, por el mismo centro. En las siglas de catalogación se designan "Firkowitch I" y "Firkowitch II", o bien en abreviatura, v. gr. "Ms II Firk Arab-Heb, Papier Nr. 147-153".

Para darnos cuenta de la magnitud que revistió la extracción de manuscritos llevada a cabo por aquel bibliopirata genial, basta considerar, como observa Kahle, que comparada solamente dicha segunda colección de manuscritos de Firkowitch con todos los fondos hebreos existentes en el British Museum, en la Bodleian Library (Oxford) y la colección que pudo recoger Kennicott para su *Vetus Testamentum hebraice* (Oxford, 1776-80), resulta aquélla incomparablemente mayor en número. Y como ya anteriormente indicábamos, la calidad no es en modo alguno inferior al número, ya que los catorce manuscritos hebreos hallados por Kahle en esa colección, cuya data oscila entre 920 y 1121, juegan un papel importantísimo al lado de los códices más famosos.

Indudablemente cierto número de manuscritos de la mencionada colección II Firkowitch provienen de la Guenizá cairensa, aunque por los procedimientos turbios que éste empleaba para adquirir manuscritos y traficar con ellos tuviera empeño en ocultar su verdadera procedencia. Por de pronto, la llamada colección *Antonino* de la Biblioteca leningradense, que comprende 1.200 fragmentos, proviene con toda seguridad de la Guenizá de El Cairo. "Certum est ex geniza Kairoensi ortum trahere ea fragmenta quae in collectione Antonini bibliothecae publicae Leningradensis asservantur", decía ya Kahle en sus mencionados *Prolegómenos* (p. XXIV-XXV) ¹⁷.

Las riquezas añejas que yacían en confuso desorden dentro de la Guenizá, después del saqueo definitivo de S. Schetchter se encuentran

(17) No existe catálogo publicado de la colección Firkowitch de Leningrado. A. E. Herkavy (1839-1919), erudito bibliotecario de dicho centro, que logró establecer la conveniente discriminación entre la verdad y la ficción de los hallazgos de Firkowitch, enriqueciendo la historia y la literatura judaica con estimable aportación, dejó una lista manuscrita y un trabajo publicado en 1899, en ruso, acerca de la colección Antonino. Los catorce manuscritos bíblicos de que hemos hecho mención, son descritos e ilustrados con facsímiles por P. Kahle en *Masoreten des Westens*, Stuttgart, I (1927), p. 56-57.

depositadas en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, donde llenan un vasto salón, bajo el título Taylor-Schechter ¹⁸.

Israel Lévi, en la segunda parte de su edición de *L'Ecclésiastique* (1898-1901), confiesa que pudo adquirir "grâce à la libéralité de M. le Baron Edmond de Rothschild, plusieurs ballots de lambeaux de la Gueniza du Caire" (p. 11).

Como una prueba sensible de esa dispersión de los fondos guenizacos, recordaremos que los cuatro fragmentos del *Ecclésiastico* —disiecti membra poetae— procedentes de aquel depósito se conservan hoy en Cambridge, Oxford, Londres y París. Bien puede asegurarse que en todas las grandes bibliotecas de Europa hay porciones y fragmentos originarios de la Guenizá. Los fondos más importantes son los del British Museum, la Bodleian Library (Oxford), la biblioteca de l'Alliance Israélite (París), la Biblioteca Nacional de Berlín, la de Frankfurt, la de Strasburg, la de la Academia Húngara de Ciencias (Budapest), la del Archiduque Ranier de Viena y sobre todo la de Leningrado. Aparte de éstas, la del Dropsie College en Filadelfia ¹⁹, la del Jewish Theological Seminary en Nueva York y la colección privada de Jack Masseri en El Cairo ²⁰.

A pesar del riguroso secreto profesional de las autoridades de la Bodleian Library, hay pruebas de que sus manuscritos hebraicos llegaron por esta vía de la Guenizá. En su catálogo consta que en 1890 el Rev. J. Chester llevó ciertos folios de El Cairo y se atribuye al Dr. Neubauer (1831-1907), vice-bibliotecario desde 1868, "el mérito de haber reconocido el primero su posible valor para la literatura hebraica" ²¹. A propósito de la "curiosa coincidencia" de que los folios del *Ecclésiastico* ingresados en la Bodleiana fuesen precisamente la continuación inmediata de los que Mrs. Lewis llevó a Cambridge, y del mismo manuscrito, dice Israel Lévi (ob. cit. p. VI): "¿Dónde se había tenido la for-

(18) A base del catálogo redactado por la Universidad de Cambridge, hace P. Kahle (o. c., n. 9-10) una lista detallada de estos manuscritos y las cosas que ocupan.

(19) Halper, *Descriptive Catalogue of Genizah Fragments in Philadelphia*, 1974.

(20) Gottheil-Worrel. ob. cit. p. XIII.

(21) Gottheil-Worrel. ob. cit., p. XII.—A. Neubauer, en *Annecta Oxoniensia (Semitic Series, parts 4-6. Medieval Jewish Chronicles II 1895)*. Existe un catálogo de los manuscritos de la Guenizá en la Bodleian Library: A. Neubauer y A. E. Cowley, *Catalogue of the Hebrew Manuscripts in the Bodleian Library*, Oxford II (1906).

tuna de topár con ese precioso manuscrito?". Los iniciados en cuanto a la procedencia de los manuscritos hebraicos importados fragmentariamente a Europa desde hace algunos años no tardaron en percatarse: era la famosa Guenizá de El Cairo la que debía de guardar ese tesoro.

6. ESBOZO DE CATÁLOGO DE LA GUENIZÁ

Fácil es reconocer que, dada la naturaleza de la Guenizá, una especie de "sumidero" de libros, pergaminos y papiros allí arrojados eventualmente sin orden ni concierto para su definitiva consunción, o como sepultura previa hasta su ulterior inhumación en el cementerio (que no llegó a efectuarse), lejos de ojos humanos, durante tiempo inmemorial, su contenido tenía que formar un imponente revoltijo, sin igual en las promiscuidades bibliográficas. El criterio múltiple que, como dejamos indicado, se seguía para el destino a la Guenizá, según las obras en cuestión, había de aumentar todavía más la mezcla. Por otra parte, no se trata generalmente de obras completas, que, siendo manuscritos hebraicos medievales, en su gran mayoría, no dejarían de ofrecer, de todos modos, dificultades de gran alcance para su elucidación, "la paléographie hébraïque n'ayant pas encore été constituée"²², sino que precisamente por la índole del lugar, las obras allí sepultadas habían de encontrarse ya en lastimoso deterioro, inútiles casi por completo para una lectura normal. El poder devorador del tiempo, durante más de un milenio, consumiría en muchos casos la destrucción o agravaría el deterioro, a pesar del clima de Egipto tan propicio para la conservación hasta de los frágiles papiros, fraccionando además las partes de una obra y diseminándolas en el montón, cuya heterogénea confusión aumentaron luego en sus búsquedas ansiosas los numerosos y variados exploradores de aquel antro misterioso y amalgamado. En efecto, las sucesivas exploraciones, casi valdría decir excavaciones, del lugar y los continuados saqueos con absoluta independencia unos de otros, y el destino tan múltiple y dispar de los expolios, han contribuido enormemente a acrecentar el embrollo.

El interesado sigilo que ha acompañado a todas esas operaciones y

(22) Al cabo de 50 años sigue siendo verdad esta afirmación de J. Lévi (*L'Égypte Hébraïque*, II, 1901, p. IX n.), y así se ha hecho constar recientemente con ocasión de las discusiones promovidas en torno a los mss. hebraicos descubiertos junto al Mar Muerto.

que aun perdura en cuanto a constancia en los expedientes de adquisición de esos manuscritos por las diversas bibliotecas y archivos, ha puesto un velo todavía más denso sobre esos antiguos depósitos de la Guenizá de El Cairo.

En los fondos reunidos en Cambridge, que, a pesar del cuantioso botín allegado por S. Schechter, constituyen sólo una parte del tesoro gueniziano, tenemos, sin embargo, una especie de síntesis representativa de éste. Allí se encuentran fragmentos del Eclesiástico en hebreo, restos de las Hexaplas de Orígenes, trozos de la versión de Aquila, porciones bíblicas primitivas con puntuación supralineal, fragmentos litúrgicos, ítem del Talmud y comentarios al mismo, ítem de apócrifos, documentos, cartas, testamentos y otros textos de valor histórico, amuletos, calendarios, catálogos, ejercicios y textos escolares, diccionarios y gramáticas, obras de Cábala, Filosofía, Medicina y Magia, fragmentos de textos árabes en caracteres hebreos, ítem en siríaco, etc., etc. Toda esta imponente masa de *Semot*, exponente de la vida religiosa, cultural y social de Israel en los siglos medios, revela en primer lugar que todas las actividades y el cotidiano vivir de los judíos estaban profundamente imbuidos, lo mismo que en la antigüedad y aun hoy día en los hogares tradicionales, del sentimiento religioso, puesto que la presencia de esos libros, documentos y escritos de todas clases en aquel lugar indica que estaban todos ellos esmaltados con los nombres de Dios. "Su nombre es santo y terrible", dice el Salmista (Sal. 111^o), y los piadosos israelitas lo tenían muy presente hasta en esos detalles que nos parecen nimios y propios de gente timorata.

Otro camino para darse cuenta de la multiplicidad y cuantía del caudal extraído de aquella "fuente de vida" que era la Guenizá, es la mención de algunas de las obras publicadas, relativas a diversos materiales oriundos de allí. Entre éstas y los estudios monográficos, artículos de revista, etc. que ya han visto la luz pública, constituyen copiosa literatura, sin contar el sinnúmero de obras que han podido componerse gracias a las revelaciones de ciertos libros exhumados de la Guenizá o a la valiosísima ayuda por ellos prestada, p. e. la misma *Biblia Hebraica* de Kittel-Kahle. A continuación transcribimos una sucinta lista, aparte de las obras anteriormente citadas:

Burkitt, *Fragments of the Book of Kings, according to the translation of Aquila* (Cambridge, 1897).

I. Lévi, *L'Ecclésiastique ou la Sagesse de Jésus, fils de Sira, texte original hébreu, traduit et commenté*, I (Paris, 1898), II (Id., 1901).

Taylor, *Hebrew-Greek Cairo Genizah Palimpsests* (Cambridge 1900).

Schechter, *Saadyana* (Cambridge, 1903).

Elbogen, *Studien zur Geschichte des jüid. Gottesdienstes* (Berlin, 1907).

Ginzberg, *Gaonic*: I, *The Geonim and their halakik writings*. II, *Genizah Studies* (New York, 1910). *Jerusalemi Fragments from the Genizah* (1909).

Davidson, *Saadia's Polemic against Hiwi al-Balkhi* (1915).

Ginzberg, *Mahzor Yannai* (New York, 1919).

Mann, *The Jews in Egypt and in Palestine under the Fatimid Caliphs*, I, II (Oxford, 1920-22).

Genizah Studies in Memory of Dr. Solomon Schechter: I, Ginzberg, *Midrash and Haggadah* (New York, 1928). II, Id., *Gonic and early Karaitic Halakah* (New York, 1929). III, Davidson, *Liturgical and Secular Poetry* (New York, 1928).

Como ejemplo de la copiosa literatura promovida por los descubrimientos de la Guenizá, notaremos que en la susodicha obra de Israel Lévi, *L'Ecclésiastique*, compuesta (I, 1898, y II, 1901) poco después del descubrimiento del mismo en su texto hebreo, ya consigna una veintena de obras o estudios sobre el particular en cada una de las dos partes.

7. CONSIDERACIONES Y SUGERENCIAS

Los manuscritos extraídos del depósito secreto anejo a la Sinagoga 'Ezra de El Cairo son los restos de una antiquísima biblioteca o archivo, de unos mil años de existencia, de libros viejos y maltrechos, cuyo deterioro se agravó y en muchos de ellos se consumió dentro de aquel lóbrego recinto. Su número, dadas las reducidas dimensiones de éste, aun cuando estuvieran allí amontonados como despojos mortales en la fosa común, forzosamente había de ser relativamente limitado; pero hay dos circunstancias que avaloran de modo extraordinario el mérito de esos manuscritos: su gran antigüedad y la escasa cantidad de de códices hebreos antiguos conservados en todo el mundo.

Hay que tener en cuenta el sino azaroso del pueblo judío a partir

de la Diáspora, continuamente perseguido, vejado y atropellado de mil modos, sus barrios y sus sinagogas incendiados en épocas de persecuciones, y el encarnizamiento con que se proscribían sus libros, buscados con afán para quemarlos públicamente en trágicas hogueras. No era solamente el Talmud y otros libros rabínicos los que corrían esa suerte; sino que el hecho de estar escritos en una lengua completamente desconocida del común de los cristianos, entre los cuales, con rarísimas excepciones, no hubo quien conociera el hebreo hasta el Renacimiento, fué causa de que se perdieran muchísimos códices de venerable antigüedad de la Biblia y de todas las ramas de la literatura judaica.

Como base numérica muy significativa, recuérdese que el número de manuscritos hebraicos de la Biblia hoy existentes, anteriores a la invención de la imprenta, es de unos 1.300, en tanto que los del Nuevo Testamento griego llegan a los 4.270 y los de la Vulgata latina pasan de 30.000. En cuanto a fechas, el códice hebreo más antiguo (de los Profetas) data de 895 ²³, y la mayoría pertenecen al siglo XII; en cambio se conservan códices griegos neotestamentarios del siglo IV (aparte de algunos papiros de los siglos III y II), y latinos de la Vulgata del mismo siglo V en que murió San Jerónimo.

En los países europeos donde floreció la cultura medieval —Italia, España, Francia, Inglaterra, centro de Europa—, los innumerables monasterios y centros parroquiales, los palacios reales y no pocas mansiones de nobles aristócratas atesoraban ricos fondos de obras escriturarias, patristicas, literarias de la cultura cristiana, juntamente con las clásicas grecorromanas. Aun así, la polla del tiempo, la incuria y abandono, las guerras, incendios, saqueos, elementos adversos y eventualidades de todas clases destruyeron parte considerable de esos riquísimos tesoros bibliográficos; pero mucho se ha conservado hasta nuestros días. En cambio, el pueblo judío, perpetuo emigrante de país en país, frecuente víctima de la codicia, depredaciones y furor de sus enemigos, ¿cómo podría conservar en tales condiciones sus viejos códices y venerables manuscritos, cuya tenencia implicaba no pocas veces hasta un peligro de muerte? Aun así, es de justicia reconocer que gracias a los judíos se ha conservado el texto hebreo de la Sagrada Escritura, la "hebraica veritas", que de otro modo habría perecido. Una providencia

(23) Prescindimos de los manuscritos hebraicos hallados en 1947 junto al Mar Muerto, porque la cuestión de su autenticidad y data está todavía *sub iudice* y no se ha pronunciado el fallo definitivo.

especialísima de Dios ha velado sin duda por él, a través de tantos siglos en los que, después de San Jerónimo, no atrajo la atención de los cristianos hasta los albores renacentistas, y el celoso guardián de ese sagrado tesoro siguió siendo en los siglos medios, como en la antigüedad precristiana, el pueblo judío, peregrino del mundo al par que fiel guardador de la lengua santa y los libros inspirados.

Esos carcomidos y deteriorados manuscritos, desechados por insertibles en el fondo de la Guenizá; esos libros de los primeros tiempos de la imprenta, mezclados allí en informe montón, que para nosotros encierran todavía un valor incalculable, como utilísimos materiales filológicos, lo tienen quizá todavía mayor como índice revelador de la ciencia y las letras medievales. No hay que olvidar que la cultura humana no se transmite de generación en generación solamente por los libros, sino también por los raudales vivos e impetuosos de la tradición oral. Cuantitativamente esos despojos bibliográficos representan en muchos casos —recordemos los cien mil fragmentos del botín de Schechter— no más que algunos huesos sueltos, encontrados al azar, de los imponentes animales prehistóricos. Si de Cuvier se decía que era capaz de reconstruir éstos a base de aquéllos, la labor de los filólogos e investigadores hebraicos no ha de ser otra sino reconstruir con esos pequeños pero valiosísimos restos todo el armazón cultural que representan.

8. CONSECUENCIAS FILOLÓGICAS, HISTORIOGRÁFICAS Y LITERARIAS

El trabajo filológico va hoy día adquiriendo un carácter más y más positivo y busca la manera de asentarse sobre sólidas bases documentales, descartando todo cuanto suponga arbitrariedad, fantasía o caprichosa interpretación individual. La Filología moderna de las lenguas europeas opera sobre los textos antiguos cada vez más depurados a la luz de la crítica textual. Base fundamental de la Filología es la Gramática histórica, así como lo es de la Lingüística la Gramática comparada, y también la científica en un área más limitada. Por lo tanto, la Filología ostenta un carácter marcadamente histórico, que sólo puede sustentarse y aquilatarse sobre auténticos textos críticamente discernidos y depurados. La Paleografía es, por consiguiente, uno de sus auxiliares eficaces; y para formular principios incommovibles es necesario el

testimonio valioso de los manuscritos antiguos, que son estampas petrificadas del estado de una lengua en determinada época, como lo es su contenido con respecto a todo el complejo de la vida espiritual, sentimientos, cultura, instituciones y vicisitudes omnimodas del pueblo que se servía de esa lengua.

Un ejemplo reciente. La clave para la resolución de los problemas que el reciente hallazgo de manuscritos en las proximidades del Mar Muerto ha suscitado, y sobre los que distan mucho de estar unánimes los eruditos que los han estudiado y de ellos se vienen ocupando, es la determinación clara y tajante de la data que a los mismos deba adscribirse. Esta es la clave del arco que ha de sustentar el edificio, el cual, sin ella, se desplomará irremisiblemente. Orígenes pudo llevar a cabo su obra monumental de las Hexaplas (acrecidas después en parte hasta Octaplas y Enneaplas) laborando con el rico fondo de magníficos manuscritos que consultó en la entonces subsistente biblioteca de Alejandría y otros muchos que pudo allegar. Y en nuestros días, la más acabada edición de la Biblia hebrea (que todavía no puede llamarse crítica, ni se llama así por sus autores), la de Kittel-Kahle, ha podido realizarse, con la colaboración de numerosos y competentes hebraístas, gracias a la consulta y compulsación de muchos y raros manuscritos, procedentes en gran parte de la Guenizá. Tal ha sido igualmente el camino seguido en todas las ediciones que hacen época en la historia del Antiguo Testamento, como de cualesquiera otras obras de la literatura universal. Este esmero y acucioso afán de exactitud y perfección en aquilatar y acrisolar los textos es uno de los timbres de honor que distinguen a la cultura de las Letras en nuestro siglo.

Entre las obras o fragmentos encontrados en la Guenizá hay datos del máximo interés para conocer la historia de los judíos en Egipto y Palestina (cfr. supra Mann, *The Jews in Egypt...*). En Egipto residieron, o por allí pasaron como viajeros (era el camino casi obligado de Palestina) ilustres personajes del judaísmo y escritores famosos, que o mantenían correspondencia con sus correligionarios de las más apartadas regiones, como Maimónides, o actuaban de portadores de noticias e informes históricos o bien de agentes de enlace cultural e intercambio con Academias y centros judaicos florecientes. Todo eso dejó su estela en la Guenizá. Además, un depósito de obras de todas clases almacenado durante mil años en confusa heterogeneidad es el mejor espejo para una visión caleidoscópica de toda la vida espiritual y vicisitudes histó-

ricas de un pueblo. Ciertamente allí se guardaban obras de índole religiosa o de alguna manera relacionadas con la religión; pero ¿puede señalarse en la literatura del pueblo hebreo y en los episodios de su historia algo que no lleve el sello de la religión?

El mero enunciado de algunas de las obras cuyo descubrimiento se efectuó en la Guenizá era ya el anuncio revelador de nuevos panoramas que podrían columbrarse en los campos fecundos de la literatura judaica. La afirmación de A. Neubauer que anteriormente dejamos consignada (p. 159), interpreta fielmente el sentir de todos los eruditos y semitistas que se dieron cuenta del alcance de aquel memorable hallazgo.

El Eclesiástico, cuyo descubrimiento en su texto hebreo marca una fecha destacada en los fastos de la literatura bíblica, al par que encierra enorme utilidad para el estudio de la lingüística hebrea, "es un monumento de inestimable valor para la historia del pensamiento judaico: es el único testigo incontrastado de las opiniones reinantes en Judea durante una época decisiva de su desenvolvimiento religioso, a principios del siglo II antes de la era cristiana. El Eclesiástico nos pone de manifiesto, no solamente la conciencia de un juicio de ese período oscuro que se ha llamado equivocadamente "sueño de Israel", sino también las concepciones del sacerdocio de Jerusalén; nos hace asistir a los primeros encuentros del helenismo con el hebraísmo. Fecundo para el teólogo, este descubrimiento lo es aún más para el filólogo y el exegeta: el Eclesiástico hebreo —desde el momento que está datado con una precisión casi cierta— ofrece un jalón seguro para la historia de la Biblia y la de la lengua hebrea" ²⁴.

Pero no fué éste el único manuscrito de interés en el campo bíblico que se exhumó de la Guenizá. Los importantes manuscritos que P. Kahle manifiesta haber utilizado para la preparación de la tercera edición de la *Biblia hebraica* que lleva asociado su nombre con el de Kittel, y que en gran parte son de idéntica procedencia, lo patentizan sobradamente. Refiriéndose a ese depósito, dice el mismo en los prolegómenos: "Quae in rudera copia spectatissima etiam multae reliquiae vetustorum codicum biblicorum repertae sunt, tam eorum qui ex Palestina, quam eorum qui ex Babylonia provenerunt... Accedunt aliqua fragmenta abbreviatorum textuum biblicorum. Quae quidem fragmenta omnia saecu-

(24) I. Lévi, ob. cit. I, p. V.

lis VI-VIII exarata egomet ipse in opere "Massoreten des Westens" II, p 66-95 publicavi" (p. XXI-XXII).

Mas no fué solamente material bíblico el que apareció en la Guenizá, sino que, como consigna el mismo autor, con los pergaminos y papiros allí descubiertos "materiam maxime idoneam ad cognoscendos medii aevi Iudaeos nacti sumus scientiamque paucis decenniis ante inauditam" (ibid.). Ya hemos indicado anteriormente la múltiple variedad de materias que abarcan los fragmentos gueniziacos, relativos a todas las ramas literarias y todas las actividades intelectuales de primer orden o de menor cuantía. Naturalmente que en ese vasto conglomerado de materias y documentos ha habido muy diversa fortuna: al lado de manuscritos en buen estado de conservación hay montones de rugosos, sucios y carcomidos fragmentos de pergaminos y papiros. Pero aun entre esta al parecer basura pueden hallarse oro y zahros.

Tenemos, pues, en los fondos oriundos de la Guenizá repartidos por tantas bibliotecas un arsenal inmenso de datos y documentos (aunque la mayoría muy fragmentarios) para la reconstrucción del saber judaico en los siglos medievales. Algo y aun mucho se ha trabajado ya en este terreno, a pesar del caudal de conocimientos especiales que para tan ardua tarea se requiere, y es de justicia reconocer la loable solidaridad científica que entre judios y cristianos preside en estas laboriosas investigaciones.